

REFLEXIONES EN TORNO AL TEATRO COLOMBIANO

POR GERARDO VALENCIA

No más de veinte autores de teatro mencionan las historias literarias de Colombia. Y de estos nombres, muy pocos se recuerdan por haberse destacado en el género, pues su condición de dramaturgos, apenas si se anota al margen de otras actividades literarias. Es, pues, un trabajo meramente estadístico, buscar en estos tratados la historia del teatro en Colombia. Pero podemos suponer que el número de autores nacionales pasaría de un centenar, de haberse conservado el recuerdo de todos aquellos que, en una u otra forma, dieron a conocer sus ensayos dramáticos.

Con base en la selección hecha por los historiadores de nuestra literatura, podemos sacar conclusiones poco menos que desoladoras sobre el pasado del teatro colombiano, pero también deducir valiosas enseñanzas sobre el porvenir del género dramático entre nosotros. Puede decirse que no obstante la escasez de autores teatrales, cada época de nuestra historia ha tenido, por lo menos, un dramaturgo. Desde la conquista, Ospina y Orbea, iniciaron tal género de producción literaria, con obras que no pasan de ser curiosidades. La colonia ofrece un largo período de ensayos, pero es sólo en la época romántica cuando comienzan a contarse los nombres más salientes en la historia del teatro colombiano. La novedad del indio, en la conquista, hizo de él un tema apropiado para los dos autores de aquel tiempo, español el uno, nacido en Mariquita el otro. Temas piadosos en la época colonial y pintorescas alegorías al final de este período. Y finalmente, neoclasicismo literario y exaltación ro-

mántica, en obras tales como "Atala", "Coriolano", "Lucrecia" y no sé cuántos más ensayos ajenos por completo a nuestro medio. Con esto, llegamos a los brotes aislados de costumbrismo, que cierran el siglo XIX sin gloria ni beneficio para el teatro colombiano. Sobre la producción de lo que va corrido de este siglo, es difícil hablar, pero entre muchos nombres debe destacarse el de Antonio Alvarez Lleras, fiel a su vocación, y en quien tiene lo que entre nosotros se denomina "El centenario", un representante del que está orgulloso con razón.

Hechas estas consideraciones, vale la pena de analizar las causas por las cuales en el curso de nuestra historia no ha existido realmente un *teatro colombiano*. Si nos detenemos por un momento a estudiar las obras dramáticas de nuestros escritores del siglo XIX, encontramos, a primera vista, que eran inadecuadas para crear no sólo un público aficionado, sino actores que las representarían. Largas tiradas de versos, a veces en metros y estrofas totalmente fuera de lugar en la representación escénica; temas aprendidos en la literatura; falta absoluta de calor humano. Y en los ensayos de teatro costumbrista, dejando a un lado totalmente la valoración literaria de las obras, situaciones artificiales o simples muestras de lenguaje y de costumbres colombianos, incapaces de emocionar, por falsas o por ingenuamente objetivas, al pueblo que se decía estaba representado en ellas.

Es curioso que la tradición popular del teatro español no lograra arraigar entre nosotros, y que el espectador de una obra nacional, nunca o casi nunca haya podido encontrarse en los personajes creados por los autores colombianos. Y aquí surge un interrogante necesario: ¿no será que lo verdaderamente nacional en nuestra producción dramática está reñido con el valor literario de esas obras? Pues no podemos menos de imaginar que lo auténticamente espontáneo en el teatro colombiano se encuentre precisamente en aquellos autores que, por carecer de una cultura literaria, pudieron intuir con mayor libertad la situación social y la psicología de nuestro medio.

En todo caso, de las obras de que yo tengo conocimiento, basadas en temas nacionales, ni el teatro histórico ni el político han dado hasta ahora nada que interprete cabalmente al hombre colombiano. Y en cuanto al teatro costumbrista, los juguetes cómicos de Juan José Botero, y dos de las obras de Cande-

lario Obeso, son quizás el único antecedente digno de tomarse en cuenta, por los elementos populares que encierran.

No se trata aquí, ya lo he dicho, de una estimación literaria del teatro colombiano, sino de averiguar las posibilidades de que exista tal género, entre nosotros, con cierto carácter diferencial.

Y en este camino, podemos hacer algunas reflexiones generales sobre el pasado, para mejor vaticinar un posible porvenir. En relación con los temas escogidos por nuestros dramaturgos, me parece que habría mucho qué decir. No porque yo crea que el motivo, ni siquiera el ambiente de una obra teatral le den el carácter nacional, sino porque esto de la escogencia de los temas ha sido una de las causas que más han desorientado a los autores colombianos. El tema indígena en las obras históricas es, desde luego, falso y se presta únicamente para alardes retóricos, sin raigambre ninguna en la realidad. ¿Cómo dar un contenido emocional y psicológico, un espíritu realmente nacional a episodios de la conquista, que no pasan de ser hechos legendarios, en los que intervienen gentes que nos son tan extrañas hoy, como los más alejados pueblos del orbe? Escribir sobre los caciques chibchas o sobre los jefes pijaos equivale a inspirarse en la historia griega o romana, con la diferencia de que nos hallamos ante mentalidades salvajes, difícilmente comprensibles y explotables para cualquier autor de teatro. Este tema de los indios, en cambio, presenta grandes posibilidades, si se trata con un criterio social contemporáneo, aun cuando se sitúe la acción en épocas lejanas. Y es que, para arrancar de las bases mismas de nuestra nacionalidad, aún permanece intacto un gran acervo de temas, conflictos y situaciones, en la coexistencia y mezcla de las razas. En este sentido, quienes han vislumbrado tales temas, los han tratado tan superficialmente, que es difícil adivinar la reacción característica en indios, blancos y negros, al repasar obras en que intervienen personajes de las tres razas, ligados por el amor, por la guerra o por la simple convivencia social. Quedan aún tipos de gran complejidad, fruto de la mezcla racial, que esperan al autor de genio que les dé vida en la escena. Otro motivo favorito de nuestros escritores de teatro han sido los héroes de nuestras luchas libertadoras. Pero generalmente se limitan a la explotación de la anécdota, sin ahondar en el carácter del personaje. En cuanto al teatro realista o

costumbrista, la misma observación puede hacerse. Se imita el lenguaje campesino, se imitan los hábitos de la clase media, pero no aparecen por ninguna parte los caracteres definidos, las reacciones reconocibles como propias por el público que asiste a tales espectáculos.

Queda aún otro tipo de teatro, ensayado entre nosotros con mayor éxito de público y con mayor alcurnia literaria, y es el drama de situaciones, con miras sicológicas y sociológicas, a imitación de ciertos autores europeos del pasado siglo. En este teatro se prefieren los personajes de un tipo social elevado, a menudo un poco fuera de ambiente, y se plantean conflictos más bien de tendencia universal que específicamente colombiana. Tales obras involucran también una fuerte crítica social a las clases altas y tienen toques de costumbrismo, no siempre de buen gusto.

Pero, ¿podrá decirse que son teatro nacional? Lo dudo. Los personajes que se mueven en ese ambiente, son precisamente los que tienen personalidad menos acusada, gentes que de ningún modo representan el común de nuestro pueblo, y que viven alejadas de sus verdaderos problemas y de su modo de obrar y de sentir.

De los tres elementos que forman un teatro nacional, autores, actores y público, yo me atrevo a pensar que no existen los dos últimos, precisamente por deficiencia de los primeros.

Sin embargo, no veo imposible la creación de un teatro colombiano en un plazo relativamente corto. La humanidad ha vuelto sus ojos al pueblo, en lo que tiene de humano, y no de simplemente pintoresco. La literatura se orienta nuevamente hacia la búsqueda de los valores eternos, en una época de desconcierto como la presente. Y el teatro mismo ha recordado que es un género poético y no una cámara fotográfica para retratar costumbres ni una cátedra fría de crítica social.

Si nuestros autores de teatro se libran del prurito de imitación, del retoricismo que limita siempre la creación en toda nuestra producción literaria y piensan que el solo tema escogido no da carácter nacional a sus obras, posiblemente surja el teatro auténticamente popular. Una tremenda responsabilidad pesa sobre los dramaturgos colombianos, y es la necesidad de crear. En primer término, crear literariamente la leyenda nacional. Anda en boca de las gentes humildes esa leyenda. Está en los

cuentos que tradicionalmente se han relatado en campos y ciudades; en las historias de espantos y aparecidos, en las ingenuas o maravillosas aventuras de peones, mineros, arrieros y señores; en la lucha contra la naturaleza rebelde del trópico; en las historias de amor que cuchichean las viejas en torno a los fogones semiextinguidos; en el relato del veterano de nuestras guerras civiles; en la historia, ya legendaria de nuestros próceres. Basta acercarse a los ancianos en cualquier sitio de la República o pasar una velada entre gentes del campo, para saber que existe un clima legendario y poético, desconocido todavía en la escena colombiana. Y la expresión literaria de todo esto, espera a los autores nacionales. Es necesario crear un lenguaje teatral. Para quienes nos hemos ensayado en este difícil género, el lenguaje ha sido siempre un escollo. Ni tan bajo, que resulte plebeyo, ni tan alto, que aparezca falso en boca de los personajes. España tiene formado hace siglos, un idioma teatral —convencional, puesto que el teatro es convencional en todos sus aspectos—, lenguaje que de ningún modo corresponde al que nosotros podemos emplear. Y si, formalmente, la retórica ha sido un adversario de la sinceridad en nuestro teatro, la gramática lo es también a menudo para esta labor de creación. Yo tengo para mí, que la palabra debe ser siempre bella. Pero un vocablo lo es, en la proporción en que corresponda a la expresión de un sentimiento o de una idea, sin falsearla, porque de otro modo aparecería muerto y vacío. El lenguaje da el colorido a la obra, y en su empleo debe buscarse, pues, no solamente la justeza sino la estética. Con permiso o sin permiso de los gramáticos, el teatro nacional tiene que formar su propio idioma. Y esta labor exige no la rebuscada imitación del lenguaje popular, sino la exaltación de ese lenguaje a base de sinceridad en la expresión y de disciplina literaria en la realización. Todo esto es poesía. Es sentido poético y no sujeción retórica, es buen gusto y sutileza en la escogencia del fin y de los medios.

Esta labor será necesaria para la creación de un público. Claro está que existen “élites” intelectuales, pero aun éstas seguirán mostrando su preferencia por el teatro extranjero, mientras no encuentren algo nuevo en el teatro nacional. Y ese algo no reside solamente en los temas ni en el lenguaje. También el autor colombiano tendrá que desligarse de prejuicios retóricos en cuanto a la confección misma de la obra. Las famosas unida-

des teatrales, la distribución en actos sobre medidas no son adecuadas para un teatro popular, como necesariamente tendrá que ser el nuestro. Quizás en este sentido tendremos que volver los ojos a la tradición clásica española y no a las reglas impuestas por Francia.

Sinceridad y audacia serían pues las condiciones que han faltado al teatro colombiano del pasado y que deberán ser características del teatro del futuro. Pero todo esto no quiere decir que nuestra aspiración última debe consistir en la creación de un teatro local, particularista, representable únicamente en Colombia. No. Un teatro humano y poético; un personaje logrado, son siempre universales. Tan universales, que el autor de talento ha sabido crear mitos como el de Don Juan, con caracteres típicamente nacionales. Y si tomamos el asunto por el aspecto contrario, un teatro o un personaje pueden ser identificados como fruto de un medio social, de una raza o de un país determinado, aunque la acción suceda a enormes distancias de su sitio de origen.

Así pues, el autor colombiano del futuro, deberá ser ante todo un poeta. Porque la facultad de crear, en los temas, en el lenguaje, en la técnica, sólo puede ser fruto de una gran intuición poética. ¿Estamos preparados para ello? Algunos signos me hacen pensar que sí. Por una parte, las circunstancias históricas favorecen esta labor. La guerra actual ha creado situaciones distintas en Europa y América. No solamente estas naciones empiezan a adquirir conciencia de su personalidad, sino que no es aventurado conjeturar que las hondas heridas impresas por la guerra en los países europeos, dejen en ellos por muchos años, preocupaciones, sentimientos y conflictos que no alcancen a llegar hasta nosotros. Y cuando esa situación comience a tener su expresión literaria, nuestro público no hallará placer en ella y buscará la expresión de sus propias emociones, de sus problemas más próximos, de sus pasiones y aspiraciones, en la obra de los autores del continente, y particularmente de los autores colombianos.

Por otra parte, el éxito del cine latinoamericano nos está mostrando que aun artes tan objetivas como el cinematógrafo, en el que apenas cabe el mensaje que sólo puede dar la palabra, no podrán seguir siendo tan ajenas a nuestro medio como lo han sido hasta ahora. Es muy posible, por lo menos así lo in-

dican los acontecimientos, que las artes internacionales sufran una decadencia, tanto en Europa como en América, en favor de expresiones más particularistas en su inspiración y en su mensaje. Pero no solamente esta circunstancia favorecería la creación de un teatro colombiano en la época presente.

El pueblo de Colombia no es ajeno al gran movimiento popular que seguirá a la guerra. Día a día se siente que su presencia se hace más notoria en los destinos nacionales. Es inútil pensar que la calma social, el régimen de quietud, la distribución de la propiedad y de la cultura, heredada por muchas generaciones, continuará en los años venideros. Y esta presencia del pueblo actuante buscará su expresión en la escena, como ya ha empezado a manifestarse en otros géneros y artes. La palabra readquiere todo su inmenso valor precisamente en las épocas de transformación, en los momentos de angustia o en las jornadas turbulentas. Porque entonces existe un mensaje qué transmitir y las gentes lo están esperando de quienes pueden darlo. Y el teatro es la palabra, dicha en la forma más directa, más viva y más humana que haya inventado el hombre. Cuando hay algo qué decir, cuando se está esperando un mensaje, el hombre no busca la simple entretención que puede proporcionarle el cine o la radio, sino que gusta nuevamente de escuchar la voz que se detiene en sus problemas, de presenciar el reflejo de sus inquietudes, de vivir su vida a través de los personajes de la farsa.

Hace algunos días, escuchando las extensas tiradas de versos de una obra francesa, pensaba en la emoción que en el pueblo francés debería producir ese espectáculo, que para nosotros era un tanto monótono. Y comprendí claramente que el sentimiento patriótico de Francia, necesariamente tenía que preferir en una época de dolor y de angustia, el "misterio" sin acción de Charles Pegy, a la más entretenida película de aventuras. No veo pues difícil que dentro de poco tiempo el pueblo colombiano prefiera a su vez el mensaje teatral de la palabra, a las obras de simple entretención que hoy llenan los teatros de cine en pueblos y ciudades. Pero el que esto suceda depende en gran parte de que los autores nacionales comprendan su misión. Que si aciertan, la coincidencia del autor con el público, producirá necesariamente el actor, que es un simple vehículo de coordinación entre estos dos elementos. No importa que el actor sea malo en los comienzos, y ni siquiera importa que la obra, lite-

rariamente considerada, no merezca perdurar. Lo importante es llegar al pueblo, crear por este medio un público, que ya surgirán autores de mayor talento y actores de mayor preparación que aprestigien con su arte la labor comenzada. Pero, eso sí, que no se pierda de vista que lo nacional, en los temas y en la realización, no es sinónimo de lo vulgar y lo simplemente costumbrista. El teatro colombiano puede crearse en forma sencilla y modesta y a la vez decorosa. Y si surge el autor afortunado que sepa unir a la belleza literaria esa indispensable interpretación de nuestros temas y de nuestro ambiente, tanto mejor.